

Esta es una pequeña muestra
del libro *Encuentros con Jesús: Respuestas
Inesperadas a las Preguntas Más Grandes de la Vida.*

Para conseguir el libro completo y conocer más
acerca de nosotros, visita nuestra página web:

www.poiema.co

O comunícate con nosotros al correo:

info@poiema.co



© 2016 Poiema Publicaciones

¡El Evangelio para cada rincón de la vida!

ENCUENTROS CON JESÚS

*Respuestas inesperadas a las
preguntas más grandes de la vida*



Timothy Keller



Poema Publicaciones

ENCUENTROS CON JESÚS / Timothy Keller

© Poiema Publicaciones, 2016

Traducido con el debido permiso del libro *Encounters with Jesus: Unexpected Answers to Life's Biggest Questions*, Copyright © 2013 by Timothy Keller, publicado por Dutton. Traducido por Giancarlo Montemayor.

A menos que se indique lo contrario, todas las citas bíblicas han sido extraídas de *La Santa Biblia, Nueva Versión Internacional* © 1999 por Biblica, Inc. Las citas marcadas con la sigla NBLH han sido tomadas de *La Nueva Biblia Latinoamericana de Hoy* ©2005 por The Lockman Foundation; las marcadas con la sigla NTV, de *La Santa Biblia, Nueva Traducción Viviente* © 2010 por Tyndale House Foundation.

Prohibida la reproducción total o parcial de este libro por cualquier medio visual o electrónico sin permiso escrito de la casa editorial. Escanear, subir o distribuir este libro por Internet o por cualquier otro medio es ilegal y puede ser castigado por la ley.

Poiema Publicaciones

e-mail: info@poiema.co

www.poiema.co

Categoría: Religión, Cristianismo, Vida Cristiana

ISBN: 978-1-944586-09-6

Impreso en Argentina

SDG

A los líderes y voluntarios de los ministerios universitarios que me trajeron a la fe y además nutrieron la fe tanto de mis hijos como la de sus esposas. Particularmente, a aquellos que trabajan en la *Reformed University Fellowship* en Estados Unidos y en la *Universities and Colleges Christian Fellowship*, la sucesora de la *Inter-Varsity Fellowship*, en Reino Unido.

CONTENIDO



Introducción, *ix*

UNO

El estudiante escéptico, 1

*¿Dónde debemos buscar respuestas
a las preguntas más importantes de la vida?*

DOS

El poderoso y la marginada, 21

¿Qué está mal con el mundo en su estado actual?

TRES

Las hermanas afligidas, 39

¿Qué —o quién— puede arreglar el mundo?

CUATRO

La fiesta nupcial, 57

¿Cómo se pueden arreglar las cosas en el mundo?

CINCO

La primera cristiana, 79

¿Cómo debemos responder a lo que Jesús ha hecho?

SEIS

El gran enemigo, 99

¿Cómo podemos tener un encuentro con Jesús hoy?

SIETE

Los dos Abogados, 123

*¿Qué esperanza surge cuando conocemos
a Jesús y compartimos Su mensaje al mundo?*

OCHO

El Maestro obediente, 143

¿Por qué murió Jesús?

NUEVE

A la diestra del Padre, 163

¿Por qué ascendió Jesús al cielo?

DIEZ

La valentía de María, 181

¿Cómo responde María a Dios —y cómo lo harás tú?

Notas, 199

INTRODUCCIÓN

Fui criado en una iglesia cristiana, pero en la universidad pasé por una crisis personal y espiritual que me llevó a cuestionar las creencias más fundamentales que tenía con respecto a Dios, al mundo y a mi persona.

Durante esos años me encontré con algunos cristianos que se reunían en grupos pequeños para estudiar la Biblia. En estos grupos el líder no asumía el papel de maestro o instructor; en vez de eso, facilitaba la lectura y la interpretación de algún pasaje bíblico para todo el grupo. Las reglas básicas eran simples pero cruciales para mantener la integridad del ejercicio. La Biblia debía recibir el beneficio de la duda —el texto debía ser tratado como una fuente fiable, y sus autores debían ser vistos como personas competentes; ninguna interpretación personal debía ser impuesta sobre el pasaje; debíamos llegar a las conclusiones como grupo. Cuando estudiábamos un pasaje como comunidad, buscábamos escarbar las ricas interpretaciones que salían; asumíamos que juntos podíamos ver más cosas de lo que cualquier individuo podría ver por sí mismo.

Antes de siquiera estar seguro de dónde me encontraba en cuanto a mi propia fe, me pidieron que fuera el líder de un grupo y me dieron un conjunto de estudios bíblicos titulados *Conversaciones con Jesucristo en el Evangelio de Juan* de Marilyn Kunz y Catherine Schell. Estos estudios cubrían trece pasajes del libro de Juan donde Jesús sostuvo conversaciones con algunos individuos. Esos estudios ayudaron a que mi grupo descubriera diferentes niveles de significados cada vez más profundos que nos asombraban a todos. Al estudiar estos recuentos de la vida de Jesús, empecé a darme cuenta, más que nunca, que la Biblia no era un libro ordinario. Sí, es cierto que llevaba consigo la extraña belleza de la literatura de un pasado distante, pero había algo más. Fue a través de estos estudios de encuentros con Jesús que comencé a percibir una vida y un poder inexplicables en el texto. Estas conversaciones de hace siglos eran asombrosamente relevadoras e incisivas *para mí —aquí y ahora*. Empecé a escudriñar las Escrituras, no solo para estimular mi intelecto, sino para encontrar a Dios.

Aprendí que la paciencia y la disciplina de pensamiento eran clave para el entendimiento. Una vez fui a una conferencia para líderes de estudios bíblicos. Nunca olvidaré uno de los ejercicios. La instructora nos dio un versículo, Marcos 1:17: “Vengan, síganme —les dijo Jesús—, y los haré pescadores de hombres”. Luego nos pidió que pasáramos treinta minutos estudiando el versículo (el cual, en efecto, relataba un encuentro con Jesús). Nos advirtió que después de cinco o diez minutos pensaríamos que ya lo habíamos descubierto todo en el pasaje, pero nos desafió a continuar hasta el final del tiempo indicado. “Escriban por lo menos treinta cosas que

vean en este pasaje”, nos dijo. Pasaron diez minutos y yo ya había terminado (o eso pensaba) y estaba aburrido. Pero, de mala gana, continué observando y estudiando el pasaje. Para mi sorpresa había más por descubrir. Cuando todos regresamos, la instructora nos pidió que viéramos nuestra lista y circuláramos el descubrimiento más penetrante, conmovedor y personal que habíamos hecho. Acto seguido, nos hizo una pregunta: “¿Cuántos de ustedes encontraron su descubrimiento más penetrante en los primeros cinco minutos? Levanten su mano”. Nadie levantó su mano. “¿Diez minutos?”. Una o dos manos. “¿Quince?”. Más manos. “¿Veinte?”. Ahora un gran número de manos fueron levantadas. “¿Veinticinco?”. La mayoría de nosotros levantamos la mano, sonriendo y sacudiendo la cabeza.

Esas experiencias iniciales con el estudio paciente e inductivo del texto bíblico cambiaron mi vida espiritual. Descubrí que si dedicaba tiempo y asumía una actitud de franqueza y confianza, Dios me hablaría a través de Su Palabra. Estas experiencias también me dirigieron hacia mi curso vocacional al darme las herramientas necesarias para ayudar a otros a escuchar la Palabra de Dios a través de la Biblia. Por más de cuarenta años he estado enseñando y predicando la Biblia, y la base de cada charla, conferencia o sermón siempre ha sido lo que he aprendido en la universidad sobre cómo sentarme frente a un texto y examinar cuidadosamente sus profundidades.

Todavía sostengo la autoridad de toda la Biblia y me encanta aprender todo acerca de ella y enseñarla toda. Pero la primera vez que sentí el peso de la autoridad espiritual de la Biblia en lo personal fue al leer los Evangelios, particularmente en esas conversaciones que Jesús sostuvo con ciertos individuos —el estudiante escéptico

Natanael, la madre desconcertada de Jesús en las bodas de Caná, el profesor religioso que vino de noche, la mujer que estaba junto al pozo, las hermanas desconsoladas de Lázaro, y muchos otros.

Diría que muchos de mis propios encuentros formativos con Jesús sucedieron cuando estudiaba Sus encuentros con algunos individuos que aparecen en los Evangelios.



AÑOS ATRÁS escribí un libro titulado *La razón de Dios: creer en una época de escepticismo*. Como pastor de una iglesia en Nueva York durante muchos años, siempre he apreciado los argumentos de los escépticos y el papel invaluable que estos juegan en la definición y la claridad que distingue al cristianismo. Me molesta cuando los cristianos descartan estas preguntas de forma arrogante o condescendiente. Recuerdo claramente las preguntas y dudas que llevaba conmigo a esos grupos de estudio bíblico en la universidad y lo mucho que apreciaba que mis preguntas fueran tomadas en serio. Me he percatado de que tomar tiempo y esfuerzo para responder preguntas difíciles les da a los creyentes la oportunidad de profundizar en su propia fe, y al mismo tiempo crea la oportunidad para que los incrédulos puedan abrir su corazón al gozo del cristianismo.

Por esta razón, me dio mucho gusto ser elegido como orador para una conferencia de estudiantes —la mayoría de ellos escépticos— en Oxford Town Hall, Oxford, Inglaterra, en el año 2012. Acordamos que yo exploraría algunos encuentros que Jesús tuvo con ciertos individuos en el Evangelio de Juan. Pensé que esto sería

una buena idea, ya que la narrativa de estos encuentros revela las enseñanzas centrales y el carácter de Jesús de una forma particularmente persuasiva, tal como yo lo había descubierto hace muchos años. Al prepararme para dar estas charlas, me di cuenta de que estos encuentros tenían un propósito detrás de ellos. En muchos de ellos vemos a Jesús abordando las preguntas universales sobre “el significado de la vida”: ¿Para qué sirve el mundo? ¿Qué es lo que está mal en el mundo? ¿Qué puede restaurar este mal (si es que algo puede hacerlo), y cómo? ¿Cómo podemos ser parte de esta restauración? ¿Y dónde debemos buscar las respuestas a estas preguntas en primer lugar? Estas son preguntas que todos debemos hacernos —y que los escépticos honestos tienen el deseo de explorar.

Todos tenemos respuestas en desarrollo con respecto a estas preguntas. Si tratamos de vivir sin ellas, tarde o temprano seremos abrumados por lo insignificante que parece ser la vida. Vivimos en una época donde algunos insisten en que no necesitamos tales respuestas, que debemos admitir que la vida es un sinnúmero de tareas insignificantes en el gran esquema del universo y que debemos dejarlo así. Mientras sigues vivo —dicen ellos— trata de disfrutar la vida lo más que puedas y, cuando mueras, no estarás presente para preocuparte al respecto. ¿Para qué te vas a preocupar por encontrar el significado de la vida?

Sin embargo, el filósofo francés Luc Ferry (quien, por cierto, no es cristiano) en su libro *A Brief History of Thought* [*Una breve historia de la razón*] dice que tales declaraciones son “demasiado brutales para ser honestas”. Ferry quiere decir que la gente que hace tales declaraciones no puede creer en ellas por completo en su corazón.

La gente no puede vivir sin algún tipo de esperanza, significado o convicción de que algunas cosas son más provechosas que otras. Así que sabemos que *sí* debemos tener respuestas para estas grandes preguntas de la vida con el fin de, como dice Ferry, “vivir bien y, por tanto, libremente, capaces de sentir gozo, generosidad y amor”.

Ferry continúa argumentando que casi todas nuestras posibles respuestas ante estos grandes asuntos filosóficos provienen de cinco o seis sistemas de pensamiento. Y hoy muchas de nuestras respuestas más comunes provienen de un sistema en particular. Por ejemplo: ¿Piensas que ser amable con tus enemigos y buscar su amistad es mejor que matarlos? Ferry dice que esta idea —la de amar a tus enemigos— provino únicamente del cristianismo. Y, como veremos más adelante, hay una cantidad enorme de ideas, las cuales consideramos válidas, honorables o bellas, que se originaron en el cristianismo.

Por tanto, si quieres asegurarte de que tus respuestas a las preguntas fundamentales de la vida son elaboradas, sensatas y lógicas, necesitas por lo menos familiarizarte con las enseñanzas del cristianismo. La mejor forma de hacer esto es ver cómo Jesús explicó Su persona y propósitos a la gente que conoció —y cómo las vidas de esa gente fueron transformadas gracias a las respuestas de Jesús a sus preguntas. Esa fue la premisa de las charlas en Oxford, que se convirtieron en la base para los primeros cinco capítulos de este libro.

No obstante, necesitaba continuar, porque una vez que has estudiado estos encuentros transformadores con Jesús en Su encarnación, y una vez que has visto la belleza de Su persona y propósito, y una vez que has escuchado Sus respuestas a las preguntas más

profundas de la vida, todavía te queda una pregunta por contestar: “¿Cómo puedo *yo* tener un encuentro con Jesús después de dos mil años? ¿Yo también puedo ser cambiado, así como lo fueron estos testigos presenciales?”.

El evangelio cristiano dice que somos salvos —cambiados por siempre— no por lo que hacemos, y ni siquiera por lo que Jesús le dijo a la gente con la que conversó, sino por lo que Él ha hecho por nosotros. Así que la gracia transformadora y el poder de Jesús pueden ser mejor comprendidos cuando presenciamos lo que Él ha logrado en los eventos centrales de Su vida: Su nacimiento, Sus sufrimientos en el desierto y en el jardín de Getsemaní, Sus últimas horas con Sus discípulos, Su muerte en la cruz, Su resurrección y ascensión. Es por medio de Sus acciones en estos momentos que Jesús logra la salvación que nosotros jamás pudimos haber alcanzado. Comprender esto puede moverte de conocer a Jesús como un maestro y una figura histórica a tener un encuentro con Él como tu redentor y salvador.

Es por eso que la segunda parte de este libro analiza algunos de estos eventos cruciales en la vida de Jesús. La base de estos capítulos es una serie de charlas que di en Harvard Club en la ciudad de Nueva York, donde hablé con regularidad en algunos desayunos a líderes de negocios y líderes de gobierno y cultura durante un periodo de varios años. Tal como las charlas de Oxford, muchos de los que estaban en el auditorio eran personas altamente educadas y exitosas, quienes expresaban sus dudas y preguntas conmigo. Y en ambos escenarios me vi obligado a regresar —como lo he hecho una y otra vez a lo largo de las décadas— a estos textos

evangélicos donde sentí por primera vez el carácter “vivo y eficaz” de las Escrituras (Hebreos 4:12). Tal como me había enseñado mi instructora, cada vez descubría más cosas en estos textos, y cada vez me entusiasmaba más compartir lo que había aprendido.

Hay una razón más por la que quise escribir este libro. Cuando mi nieta Lucy tenía dieciocho meses de edad, veía claramente que ella podía percibir más de lo que podía expresar. Apuntaba a algo o levantaba algo y luego me miraba con una profunda frustración. Quería comunicarme algo, pero era demasiado joven para hacerlo. Todas las personas sienten este tipo de frustración en varios puntos de sus vidas. Experimentas algo profundo y después bajas de la cima de la montaña o sales de la sala de conciertos o de donde sea que estabas y tratas de compartir esa experiencia con alguien más. Pero tus palabras no le hacen justicia a tu experiencia.

Ciertamente, todos los cristianos se sienten así cuando desean describir sus experiencias con Dios. Como maestro y predicador, mi trabajo y mi deseo es ayudar a otras personas a ver la belleza pura de quién es Cristo y lo que ha hecho por nosotros. Pero la ineptitud de mis palabras (o de las palabras de cualquiera) para transmitir por completo esta belleza causa una frustración y una tristeza muy grande para mí. Aun así, no hay un lugar en el mundo que nos ayude más en esta difícil tarea que estas narrativas de los encuentros de Jesús con la gente que encontramos en los Evangelios.

Espero que, ya sea que estés estudiando estas narrativas por primera vez, o que las estés repasando por centésima vez, seas deslumbrado una vez más por la persona de Cristo y por lo que Él ha hecho por nosotros.



EL ESTUDIANTE ESCÉPTICO

*¿Dónde debemos buscar respuestas
a las preguntas más importantes de la vida?*

El primer encuentro con Jesús que quiero que analicemos es el ejemplo sutil pero poderoso del estudiante escéptico. Este encuentro aborda tal vez la pregunta más fundamental de la vida: ¿Dónde debemos buscar respuestas a las preguntas importantes de la vida? ¿Y dónde *no* debemos buscarlas? Así que, este relato se dirige a aquellos que son escépticos ante el cristianismo, así como a los cristianos que enfrentan escepticismo por parte de los incrédulos.

Este encuentro sucede justo después de lo que se ha denominado *El prólogo* del libro de Juan. Luc Ferry, el filósofo francés, observa que este prólogo fue uno de los puntos trascendentales en la historia del pensamiento. Los griegos creían que el universo tenía un orden racional y moral, y a este “orden de la naturaleza” lo llamaban *El Logos*. Para los griegos, el significado de la vida consistía en contemplar y discernir este orden en el mundo, y definían la vida bien vivida como aquella que se conformaba a dicha tarea.

Juan, el escritor del evangelio, toma prestado, de forma deliberada, el término filosófico griego Logos y dice esto sobre Jesús:

En el principio ya existía el Verbo (*Logos*),
y el Verbo estaba con Dios,
y el Verbo era Dios.

Él estaba con Dios en el principio.

Por medio de Él todas las cosas fueron creadas;
sin Él, nada de lo creado llegó a existir [...]

Y el Verbo se hizo hombre y habitó entre nosotros.

Y hemos contemplado Su gloria (Juan 1:1–3, 14).

Esta declaración cayó como un relámpago en el mundo de los filósofos de antaño. Tal como los filósofos griegos, y contrario a muchos contemporáneos, Juan afirma que existe un *telos*, es decir, un propósito para nuestras vidas —algo para lo que fuimos creados, algo que debemos reconocer y honrar para poder vivir bien y con libertad. Juan asevera que el mundo no es solo un producto de fuerzas ciegas y aleatorias; su historia no es “un cuento contado por un idiota, lleno de ruidos y enojo, que no significa nada”. Y luego Juan insiste en que el significado de la vida no es un principio u otra estructura racional abstracta, sino una *persona*, un ser humano que anduvo en la Tierra. Como observa Ferry, esta declaración fue interpretada por los filósofos como una “locura”. Pero también condujo a una revolución. Si el cristianismo era cierto, la vida bien vivida no se encontraba principalmente en la contemplación filosófica o en la búsqueda intelectual, lo que dejaría fuera a casi todas las personas del mundo. En cambio, la vida bien vivida se encontraba en la relación con una persona; una relación que estaba disponible para cualquiera, donde sea, de cualquier trasfondo.

Para demostrarnos inmediatamente cómo funciona esto en la vida real, Juan aterriza esta idea al mostrarnos a Jesús interactuando con un grupo de estudiantes. En los tiempos de Jesús no había universidades; si querías ser un estudiante necesitabas adherirte a un maestro. Había muchos maestros espirituales, y muchos los seguían y se convertían en sus estudiantes, también llamados discípulos. Tal vez el maestro más radical y retador de esos tiempos era Juan el Bautista. Juan era muy popular, con muchos seguidores y un buen número de estudiantes dedicados. La historia ha registrado a algunos de ellos: Andrés, quien tenía un hermano, Pedro; y Felipe, quien trajo a su amigo Natanael. Algunos de los estudiantes ya creían lo que su maestro decía sobre el Mesías venidero, al que Juan llamaba “el cordero de Dios” (Juan 1:29).

Pero algunos de ellos eran escépticos. Natanael era uno de estos estudiantes escépticos, hasta que tuvo un encuentro con Jesús:

Al día siguiente, Jesús decidió salir hacia Galilea.

Se encontró con Felipe, y lo llamó: —Sígueme.

Felipe era del pueblo de Betsaida, lo mismo que Andrés y Pedro.

Felipe buscó a Natanael y le dijo: —Hemos encontrado a Jesús de Nazaret, el hijo de José, Aquel de quien escribió Moisés en la ley, y de quien escribieron los profetas.

— ¡De Nazaret! —replicó Natanael—. ¿Acaso de allí puede salir algo bueno?

—Ven a ver —le contestó Felipe.

Cuando Jesús vio que Natanael se le acercaba, comentó: — Aquí tienen a un verdadero israelita, en quien no hay falsedad.

—¿De dónde me conoces? —le preguntó Natanael.

—Antes de que Felipe te llamara, cuando aún estabas bajo la higuera, ya te había visto.

—Rabí, ¡Tú eres el Hijo de Dios! ¡Tú eres el Rey de Israel! —declaró Natanael.

—¿Lo crees porque te dije que te vi cuando estabas debajo de la higuera? ¡Vas a ver aun cosas más grandes que estas! Y añadió: —Ciertamente les aseguro que ustedes verán abrirse el cielo, y a los ángeles de Dios subir y bajar sobre el Hijo del hombre (Juan 1:43–51).

Primero, quiero que notemos el problema de Natanael. Natanael por lo menos era un presuntuoso intelectual, y tal vez hasta un intolerante. Felipe viene a él y le dice: “Quiero que conozcas a este nuevo rabí, tiene respuestas a las grandes preguntas de nuestro tiempo, y es de Nazaret”. Natanael responde: “¡¿Nazaret?!”. Todos en Jerusalén menospreciaban a las personas de Galilea. Esta clase de actitud es característica de la humanidad. Algunos siempre han menospreciado a otros solo por ser parte “del lado equivocado”. ¿Y cómo responden los menospreciados ante esto? Buscan a otras personas a las que *ellos* puedan menospreciar. Y así vez tras vez hasta que se forma un ciclo sinfín. Aunque Natanael no era de Jerusalén, sino de una parte de Galilea, sentía que podía menospreciar Nazaret, que era considerado un lugar todavía peor y primitivo en la región de Galilea. Siempre existen las personas correctas, las

personas adecuadas, las personas inteligentes, y luego están (en voz baja) *aquellos otros*. Y la forma en que te identificas con las personas correctas, inteligentes y adecuadas es reaccionando con desdén cuando las personas y los lugares equivocados son mencionados.

Queremos que otros piensen de nosotros como personas capaces e inteligentes y, a menudo, buscamos establecer esta identidad no mediante argumentos respetuosos y diligentes, sino a través de desdén y ridiculizaciones. No solo es un argumento equivocado, sino un prejuicio intelectual regresivo. Natanael no podía creer que alguien de un lugar como Nazaret tuviera las respuestas a las grandes preguntas de nuestros tiempos. “¿Me estás diciendo que él tiene las respuestas —y que es de Nazaret? Pues yo lo dudo”. Lo está menospreciando. “¿Es de *ahí*? ¿*De verdad*?”.

Si tú tienes esta opinión del cristianismo o conoces a alguien que la tenga, eso no sería ninguna sorpresa. Muchas personas de hoy ven al cristianismo como Natanael veía a Nazaret. El cristianismo era de Nazaret en aquel entonces, y sigue siendo de Nazaret hoy día. A la gente le gusta menospreciar la idea del cristianismo y sus declaraciones sobre quién es Cristo y sobre lo que Él ha hecho y puede hacer por ellos. Las personas conocedoras, las personas “decentes”, todas dicen: “Ah, sí, el cristianismo —ya he pasado por ahí. Crecí con él. Me di cuenta de que no es para mí, y ya he formado mi propia opinión”. Jesús sigue siendo de Nazaret.

Si esa es tu actitud hacia el cristianismo, entonces tengo dos sugerencias para ti, porque creo que tienes dos problemas a resolver. El primero es que esta clase de ignorancia siempre es mortífera. Es una ignorancia que mata toda creatividad y resolución de

problemas, sin mencionar toda clase de esperanza para establecer una relación. Tara Parker-Pope, en su libro sobre el matrimonio llamado *For Better [Para bien]*, dice que reaccionar con desdén es una de las señales de alerta de que una relación está en serios problemas. Los consejeros matrimoniales buscan esta señal porque evidencia apatía hacia la otra persona. Un matrimonio exitoso puede lidiar con la decepción, el desacuerdo, el dolor y la frustración, pero no puede lidiar con una apatía completa hacia el otro. La apatía literalmente destruye la relación. Un ejemplo más concreto es cuando pierdes tus llaves. Una vez que las has buscado en los lugares en los que “pudieran” estar y no las hallas, tendrás que empezar a buscarlas en los lugares en los que “no pueden” estar. Y, por supuesto, es ahí donde las encuentras. Así que no hay nada más fatal para la sabiduría y las buenas relaciones que rechazar ciertas ideas —o a ciertas personas— antes de evaluarlas.

Tu segundo problema es aun más sustancial. Al desechar el cristianismo, desechas también lo que probablemente son tus valores más profundos. Como ya hemos notado, el cristianismo originó una de las ideas fundamentales de una civilización pacífica —amar a los enemigos, en vez de matarlos. Otra idea fundamental para nuestra conciencia contemporánea, como lo señala Luc Ferry, es el concepto de que todo ser humano, sin importar sus talentos, su riqueza, su género o raza, es hecho a la imagen personal de Dios y, por tanto, tiene dignidad y derechos. Ferry dice que sin las enseñanzas del cristianismo respecto a que *El Logos* es una persona, “la filosofía de los derechos humanos a los que nos sometemos hoy en día nunca se hubiera establecido”.

Otra perspectiva, tomada por sentado hoy día, que proviene también de la Biblia, es que debemos cuidar de los pobres. En la Europa precristiana, cuando los monjes propagaban el cristianismo, todas las élites pensaban que amar a los enemigos y cuidar de los pobres era una demencia. Decían que la sociedad se derrumbaría, ya que esa no es la forma en la que el mundo opera. Los talentosos y los fuertes prevalecen. El ganador se lleva todo. El fuerte caza al débil. Los pobres nacen para sufrir. ¿No es así como siempre ha funcionado todo? Pero las enseñanzas del cristianismo revolucionaron la Europa pagana al enfatizar la dignidad de una persona, la supremacía del amor, incluso hacia los enemigos, y el cuidado de los pobres y los huérfanos.

Quizá digas: “Bueno, es un argumento histórico interesante plantear que estas ideas provienen de la Biblia y de la iglesia. Pero puedo creer en ellas sin creer en el cristianismo”. Eso puede ser verdad hasta cierto punto, pero quisiera que vieras que esa es una respuesta de vista corta.

El libro de Génesis es una ventana que nos permite ver cómo eran las culturas antes de la revelación de la Biblia. Una cosa que vemos desde el comienzo es la práctica común de la primogenitura —el hijo mayor heredaba todos los bienes, lo que aseguraba el estatus de la familia en la sociedad. Así que el segundo y el tercer hijo no obtenían nada, u obtenían muy poco. Sin embargo, a lo largo de toda la Biblia, cuando Dios escoge a alguien para obrar a través de él, escoge al hijo menor. Escogió a Abel sobre Caín. Escogió a Isaac sobre Ismael. Escogió a Jacob sobre Esaú. Escogió a David sobre todos sus *once* hermanos mayores. Una y otra vez escogió no

al mayor, no al que el mundo enaltecía y recompensaba, nunca al de Jerusalén, por así decirlo, sino siempre al de Nazaret.

Otra tradición cultural de antaño revelada en Génesis es que en esas sociedades las mujeres que tenían muchos hijos eran percibidas como heroicas. Tener muchos hijos significaba éxito económico, éxito militar y, por supuesto, significaba que el nombre de la familia estaba asegurado. Así que las mujeres que no podían tener hijos eran estigmatizadas y avergonzadas. No obstante, a lo largo de toda la Biblia, cuando Dios nos demuestra cómo obra a través de una mujer, Él escoge a la que no puede tener hijos y abre su vientre. Estas son mujeres despreciadas, pero Dios las escoge sobre aquellas que eran amadas y bendecidas a los ojos del mundo. Escoge a Sara, la esposa de Abraham; a Rebeca, la esposa de Isaac; a Ana, la madre de Samuel; a Elisabeth, la madre de Juan. Dios siempre obra a través de hombres o niños que nadie quería, a través de las mujeres o niñas que nadie deseaba.

Puede ser que estés pensando que esta parte del cristianismo —cuando Dios ama a los menospreciados— es bonita y da ánimo. Podrías estar pensando: “Puedo estar de acuerdo con esa parte de la Biblia. Pero todas las demás partes sobre la ira de Dios y la sangre de Cristo y la resurrección de Su cuerpo, eso no lo acepto”. Pero esas partes de la Biblia —las partes desafiantes y sobrenaturales— son centrales, no periféricas. El corazón del mensaje distintivo de la Biblia es que el Dios trascendente e inmortal vino a la Tierra y se hizo débil y vulnerable para sufrir y morir. Hizo esto por nosotros —para hacer expiación por nuestros pecados, para tomar sobre Sí el castigo que nosotros merecíamos. Si eso es verdad, entonces es el

acto más radical y asombroso de un sacrificio amoroso y desinteresado que alguien pudiera imaginar. No puede haber una base más fuerte y una motivación más dinámica para sostener los conceptos éticos cristianos revolucionarios que nos atraen. Lo que hizo que la ética cristiana fuera distintiva no fue que Jesús y los primeros cristianos eran buenas personas que hacían cosas buenas para hacer del mundo un mejor lugar para vivir. Estas ideas nunca tuvieron sentido alguno para nadie hasta que las personas llegaron a entender el mensaje cristiano sobre la naturaleza de la realidad suprema —y ese mensaje es resumido en lo que la Biblia llama “el evangelio”.

La esencia de lo que distingue al cristianismo de todas las demás religiones y formas de pensamiento es esta: Todas las otras religiones dicen que si quieres encontrar a Dios, si quieres mejorar, si quieres tener una conciencia mayor, si quieres conectarte con lo divino, o como sea que este alcance sea definido, necesitas *hacer* algo. Necesitas esforzarte, necesitas guardar el reglamento, necesitas liberar tu mente, necesitas llenar tu mente de conocimiento y estar por encima de la gente promedio. Toda otra religión o filosofía humana dice que si quieres mejorar al mundo, o a ti mismo, entonces necesitas esforzarte y vivir de cierta forma.

El cristianismo dice exactamente lo opuesto. Toda otra religión y filosofía dice que necesitas hacer algo para enlazarte a Dios; pero el cristianismo dice que Jesucristo vino a hacer por ti lo que tú no podías hacer por ti mismo. Toda otra religión dice que ahí se encuentran las respuestas a las grandes preguntas de la vida, pero el cristianismo dice que Jesús *es* la respuesta a todas ellas. Muchos sistemas de pensamiento apelan a las personas fuertes y exitosas, porque

encajan con su sistema de creencias que dice que si eres lo suficientemente fuerte y trabajador, prevalecerás. Pero el cristianismo no solo es para el fuerte; es para todos, especialmente para las personas que admiten que, en lo más profundo de su ser, son débiles. Es para personas que tienen la fuerza particular de admitir que sus faltas no son superficiales, que su corazón está en un desorden profundo y que son incapaces de rectificarse por sí mismos. Es para aquellos que pueden ver su necesidad de un salvador, que necesitan el sacrificio de Jesucristo en la cruz para poder ser justificados ante Dios.

Piensa sobre lo que acabo de escribir. Suena contraintuitivo o, peor aún, repelente. La genialidad del cristianismo es que *no* trata de “esto es lo que tienes que hacer para encontrar a Dios”. El cristianismo trata de Dios viniendo a la Tierra en la forma de Jesucristo, muriendo en la cruz, con el fin de encontrarte. *Esa* es la verdad radical y característica que el cristianismo le ha contribuido al mundo. Todas las demás ideas revolucionarias sobre cuidar a los débiles y los necesitados, vivir por el amor y el servicio en vez del poder y el éxito, amar inclusive a tus enemigos de forma sacrificial —todo esto fluye del evangelio mismo; concretamente hablando, que debido a la profundidad de nuestro pecado, Dios vino en la persona de Jesucristo a hacer lo que nosotros no podíamos hacer por cuenta propia, y lo hizo para salvarnos.

Ahora te pregunto: si aceptas la fuente de muchas de tus convicciones, ¿por qué aceptarías una parte de las enseñanzas del cristianismo sin aceptar la otra parte que la explica y la hace coherente? No seas como Natanael. No permitas que tu convicción de que el cristianismo es poco sofisticado y obsoleto te ciegue. Cuídate de tu

orgullo y prejuicio, de tus actitudes de desdén y de menosprecio. Son actitudes tóxicas en todos los aspectos de la vida, pero especialmente al hacerte las preguntas más fundamentales sobre ella.

Es por eso que el primer aspecto importante de la historia de Natanael es el problema del orgullo y del menosprecio. Pero, más allá de sus burlas, Natanael tiene una necesidad espiritual profundamente arraigada. Él dice: “¡Nazaret! ¿Puede algo bueno salir de ahí?”, y solo unos momentos después dice: “Rabí, Tú eres el Hijo de Dios; Tú eres el Rey de Israel”. Una vez que Jesús comienza a darle evidencias creíbles sobre Su persona, Natanael cambia de parecer muy rápido —tal vez demasiado rápido. (Como veremos más adelante, Jesús reprime moderadamente a Natanael por no tomar el tiempo de analizar las palabras de Jesús sobre Sí mismo). ¿Te sorprende esto? A mí no.

Cuando mi esposa Kathy y yo nos mudamos a Manhattan hace más de veinte años, queríamos empezar una nueva iglesia. Nos dijeron que la ciudad de Nueva York estaba repleta de jóvenes ambiciosos y brillantes, y que si queríamos comenzar una iglesia en Manhattan, nadie vendría debido a su arrogancia. Nos dijeron que menospreciaban la religión organizada, especialmente el cristianismo. Nos dijeron que recordáramos que el cristianismo es de Nazaret, que la gente sofisticada lo mira con desdén y que, por tanto, nadie vendría. Pero, curiosamente, eso no sucedió; al día de hoy, nuestra iglesia tiene más de cinco mil personas asistiendo regularmente al servicio dominical. Es una comunidad floreciente.

La razón de todo esto es la misma razón por la que Natanael cambió de parecer. Debajo de las aseveraciones ruidosas y públicas

del escepticismo yacía una amplia búsqueda espiritual encubierta. Toda esa gente joven, ambiciosa y brillante quería *aparentar* que no le importaba mucho responder las preguntas fundamentales de la vida o que ya las habían encontrado en lo que fuera que estuvieran persiguiendo vorazmente. Pero, en lo más íntimo, ellos tenían la misma necesidad que todos tenemos y de la que ninguno de nosotros puede escapar. Tarde o temprano se vieron forzados a buscar respuestas. Y muchos de ellos las encontraron en el cristianismo.

De la misma forma, a pesar de toda su jactancia, notemos que de todos modos Natanael va con Felipe a conocer a Jesús. ¿Por qué lo hizo? Igual a muchos judíos jóvenes de su generación, él luchaba con el hecho de que los judíos estaban bajo la opresión de Roma, y no tenían idea alguna de lo que Dios estaba haciendo. Todos ellos tenían una crisis de identidad racial a nivel colectivo. ¿Deberían estar esperando un mesías? ¿Cuál era su futuro? ¿Eran todavía el pueblo de Dios o no? ¿Dios los habría rechazado? Es evidente que Natanael no estaba satisfecho con las respuestas a estas preguntas que obtuvo de otras personas. No estaba muy feliz con su propio entendimiento de las cosas y, tal vez, tampoco lo estaba con su propia condición espiritual. Entonces pensó: “Tal vez deba considerar a este hombre de Nazaret, a pesar de lo increíble que eso parezca”.

Los estudiantes de hoy lidian con las grandes preguntas de la vida de diferentes formas, pero muchos de ellos también están insatisfechos con las respuestas que han recibido en las escuelas y en los libros más respetados y, como Natanael, pudieran comenzar a investigar a Jesús con disimulo. Un ejemplo clásico de esto sucedió en la vida del famoso poeta W. H. Auden, quien se mudó a

Manhattan en 1939. Para entonces ya era un gran escritor y ya había abandonado la fe en la que fue criado en la Iglesia de Inglaterra, tal como lo habían hecho muchos de sus amigos de la clase intelectual británica. Pero después de la Segunda Guerra Mundial cambió de parecer y abrazó la verdad del cristianismo, sorprendiendo a muchos al regresar a la iglesia.

¿Qué pasó? En la narrativa de su renuevo espiritual, Auden observó que la novedad y la conmoción de los nazis en los años cuarenta se debió a que no creían en la justicia ni en la libertad para todos —atacaban al cristianismo con base en que “amar al enemigo como a uno mismo era un mandamiento apropiado solamente para los debiluchos afeminados”.¹ Además, “la negación completa de todo lo que el liberalismo ha defendido estaba levantándose no en una tierra bárbarica, sino en uno de los países europeos más altamente educados”. A la luz de todo esto, Auden pensó que ya no podía asumir que los valores del liberalismo (es decir, la libertad, la razón, la democracia y la dignidad humana) eran autoevidentes. Esto es lo que Auden dice:

Si estoy convencido de que los altamente educados nazis están mal y de que nosotros, los altamente educados ingleses, estamos bien, ¿qué es lo que valida nuestros valores e invalida los suyos? Los intelectuales ingleses que ahora claman al cielo en contra del mal encarnado en Hitler no tienen cielo al que clamar. Toda la tendencia del pensamiento liberal ha sido suprimir la fe en lo absoluto. Ha tratado de que la razón sea el juez. Pero debido a que la vida es un proceso cambiante, el intento

por encontrar un espacio humano para guardar una promesa conduce a la inevitable conclusión de que puedo romperla cuando me sea conveniente. O servimos al Incondicional, o algún monstruo hitleriano nos proveerá de una inmensa cantidad de hierro para así hacer daño.

El cristianismo —inclusive para Auden, quien fue criado en la iglesia— era de Nazaret. Auden lo había percibido como algo obsoleto e inútil. Pero el despertar de los nazis provocó que viera algo. Auden creía en los derechos humanos y en la libertad. Pero ¿por qué? El principio operacional del mundo natural es que el fuerte devora al débil. Entonces, si lo natural es que el fuerte devore al débil, y si llegamos hasta aquí por medio del proceso natural y aleatorio de la evolución, ¿por qué de pronto cambiamos de parecer cuando las naciones fuertes comienzan a devorar a las naciones débiles y decimos: *¡Eso está mal!*? ¿En qué nos basamos para decir eso? ¿En qué nos basamos para decir que el genocidio en Sudán, donde el grupo étnico fuerte “se come” al débil, es incorrecto? Si no hay Dios, entonces mi opinión sobre la justicia es solo eso, una opinión—entonces, ¿cómo puedo condenar a los nazis?

Auden se percató de que, a menos de que hubiera un Dios, no tenía derecho a decirle a otro que sus sentimientos o ideas son más válidas que los sentimientos e ideas de ellos. Se dio cuenta de que, a menos que Dios exista, todos los valores que atesoramos son imaginarios. Y debido a que él estaba seguro de que *no* eran imaginarios —que el genocidio era un mal absoluto— concluyó que Dios debía existir.

Tal como el estudiante escéptico Natanael, Auden fue poseído por el hecho de que “las personas decentes” de sus días se mofaban del cristianismo. Pero sus preguntas intelectuales sin responder — sobre la base de los valores y otros asuntos— hacían que volteara a ver a Jesús. Y tuvo la misma experiencia que tuvo Natanael cuando se abrió ante el hombre de Nazaret. Creyó.

En su libro *After Virtue* [*Después de la virtud*] el filósofo Alasdair MacIntyre ofrece el tipo de razonamiento que condujo al poeta Auden a la fe. MacIntyre argumenta que nunca podrás determinar si algo es bueno o malo a menos que conozcas su *telos*. Así que pregunta, por ejemplo: “¿Cómo puedes saber si un reloj es bueno o malo? Necesitas saber cuál es el propósito de un reloj. Si intento martillar un clavo con mi reloj, y este se rompe, ¿debería quejarme de que es “un reloj malo”? Por supuesto que no; un reloj no se hizo para martillar clavos. Ese no es su propósito. Se supone que debe darte la hora en cualquier momento, no martillar. El mismo principio se aplica a la humanidad. ¿Cómo puedes decir quién es buena persona y quién mala, a menos que sepas para qué fueron diseñadas y cuál es su propósito?”.

Ah, pero espera. ¿Qué pasa si dices: “Yo no sé si existe un Dios o no, y no creo que los seres humanos hayan sido diseñados para un propósito”? ¿Te das cuenta del dilema? Si crees eso, nunca deberías hablar sobre personas buenas o malas de nuevo. Si crees que no tenemos diseño ni propósito, y todavía dices que algunas personas “no viven bien —están haciendo cosas malas”, entonces estás siendo o incoherente o deshonesto.

No puedo probar que el cristianismo es verdadero. Pero puedo demostrarte que hay buenas razones para creer en Jesús. Si tú, como Natanael, estás dispuesto a admitir la profundidad de tu necesidad por descubrir mejores respuestas a las grandes preguntas de la vida que las que estás recibiendo, y si estás dispuesto a dejar de menospreciar al cristianismo, entonces te invito a considerar al hombre que vino de Nazaret. Al analizar las ideas que cambiaron al mundo y que se originaron ahí, no hay razón alguna para no considerar a Jesús.

El tercer aspecto de la historia de Natanael que debemos considerar es la prescripción que Jesús le da para satisfacer sus necesidades. Jesús le dice dos cosas a Natanael cuando lo ve.

Primero, se refiere a él como un israelita “en quien no hay falsedad”. Cuando Jesús dijo que Natanael era una persona transparente y directa, probablemente estaba diciendo de forma amable que era una persona abrasiva. Es probable que muchas personas no lo quisieran por ser franco y áspero. Pero Jesús nos muestra algo sobre Sí mismo aquí. Él puede vernos tal y como somos y aun así ser gentil con nosotros. Natanael fue sorprendido por Su perspicacia (y probablemente también por Su espíritu generoso) y le preguntó: “¿De dónde me conoces?”.

Luego Jesús respondió: “Cuando aún estabas bajo la higuera, ya te había visto”. Ahora, entre paréntesis, una de las razones por las que podemos confiar en que esta es una narrativa de un testigo presencial es que nunca se nos dice qué sucedió debajo de la higuera o por qué esto era significativo. Y si estás escribiendo una historia de ficción, no harías eso, ya que no avanza la historia y

presenta distracciones para el lector. Entonces ¿qué estaba haciendo Natanael debajo de la higuera? Nadie sabe. Todo lo que importa es que Natanael no podía creer que Jesús lo sabía. Era tan privado, tan valioso, tan asombroso que Jesús supiera eso. Natanael respondió: “¡Tú eres el Rey de Israel! ¡Tú eres el Mesías!”.

Jesús lo exhorta con gentileza. Le dice: “Ah, primero eras tan escéptico y ahora ya estás listo para aceptarme, pero ni siquiera he comenzado a hablar sobre Quién realmente soy. Ayer reaccionaste con desdén, y hoy has tenido una experiencia emocional. Has encontrado a un hombre que tiene un conocimiento sobrenatural de ti. Pero ve más despacio; no te impresiones tanto por las apariencias. Aún no entiendes realmente Quién soy”.

Tomás, el discípulo de Jesús, después de la resurrección, les dijo a los otros discípulos: “No voy a creer que ha resucitado de los muertos hasta que vea las heridas de los clavos en sus manos y hasta que ponga mi dedo en ellas”. Cuando Jesús se apareció a Tomás no le dijo: “¿Cómo te atreves a cuestionarme?”. En otras palabras, Jesús dice: “Me gusta el hecho de que esperas tener razones para creer en mí, y te voy a dar razones porque las buscas de buena fe”. Jesús no está en contra de que la gente piense. De hecho, Jesús insiste en que Natanael piense un poco *más*.

Por tanto, si eres escéptico frente al cristianismo, te animo a que te des cuenta del dilema que enfrentas. Primero, permanecer escéptico por siempre es una derrota para el intelecto y la moral de una persona. Por otro lado, rendirse ante la primera idea, donde esperas que resuelva tus necesidades emocionales más profundas, no responderá ninguna pregunta al final de cuentas. No es suficiente

voltear al cristianismo simplemente porque satisface ciertas necesidades. El cristianismo no es un bien para el consumidor. Debes considerar el cristianismo solo si es *verdadero*.

¿Te percastaste de la última cosa que Jesús le dijo a Natanael? Le dice: “¿Lo crees porque te dije que te vi cuando estabas debajo de la higuera? ¡Vas a ver aun cosas más grandes que estas!... Ciertamente les aseguro que ustedes verán abrirse el cielo, y a los ángeles de Dios subir y bajar sobre el Hijo del hombre”. Verás, cuando vienes a Jesús por primera vez, piensas que probablemente no vas a recibir respuestas a las grandes preguntas de la vida, pero quizás piensas que te puede ayudar a ser una mejor persona, que tal vez puede lidiar con tu soledad o con cualquier otro problema. Siempre vienes a Jesús a la defensiva, preguntándote si acaso satisfará tus necesidades.

Pero cuando te encuentras con Él, Él siempre va más allá de lo que jamás imaginaste. Cuando le dice a Natanael que verá ángeles ascendiendo y descendiendo sobre el Hijo del hombre, se refiere al tiempo en el Antiguo Testamento cuando Jacob soñó que veía una escalera entre la Tierra y el cielo, y los ángeles ascendían y descendían por esa escalera. Los ángeles son una señal de la presencia real de Dios. Debido a que las personas le han dado la espalda a Dios y se han destruido el uno al otro, existe una brecha, por así decirlo, entre el cielo y la Tierra; una muralla entre lo ideal y lo real. Pero Jacob tuvo esta visión de que un día, de alguna forma, habría una conexión entre el cielo y la Tierra, y habría un camino para llegar hasta la misma presencia de Dios. Y aquí Jesús declara

increíblemente que Él *es* el camino. Él es *El Logos* del universo, el puente entre el cielo y la Tierra.

Casi podemos escuchar a Jesús reírse al responder a Natanael. De hecho, dice: “¡Vaya! Piensas que soy el Mesías. Probablemente piensas que voy a venir a caballo y a derrotar a los opresores romanos. Pero te voy a mostrar cosas mucho más grandiosas que esas. Hacer eso no cambiará por completo la condición humana, ni derrotará el mal ni la muerte, ni renovará al mundo. Yo soy el *axis mundi* (es decir, el eje del mundo). Yo he construido un puente entre el cielo y la Tierra. A través de mi encarnación como ser humano, y a través de mi muerte en la cruz, la cual ni siquiera has visto, puedo traerte hasta la presencia de Dios”.

Aunque la mayoría de los buscadores espirituales empiezan su búsqueda con temor a ser decepcionados, Jesús dice que Él siempre será infinitamente más de lo que cualquier persona esté buscando. Siempre excederá nuestras expectativas; siempre será más de lo que jamás pudiéramos pedir o imaginar. Así que deslíndate de tus prejuicios y ven a ver con Natanael. Ven a mirar y a hablar de Jesús con tus amigos. Ven y prepárate para que tus prioridades y categorías sean cambiadas. Sea lo que sea que estés esperando, sea lo que sea que estés soñando —descubrirás algo mucho más grandioso en Nazaret.

DOS



EL PODEROSO Y LA MARGINADA

¿Qué está mal con el mundo en su estado actual?

En la narrativa del poderoso y la marginada, preguntaremos de forma específica: “¿Qué está mal con el mundo en su estado actual?”. Si no entendemos qué está mal con el mundo no podremos hablar sobre qué debemos hacer para mejorarlo. El diagnóstico viene antes de la prescripción. Y creo que encontraremos respuestas sólidas aquí.

En el tercer capítulo del Evangelio de Juan, Jesucristo se encuentra con una persona influyente en la sociedad, altamente moral, líder de las instituciones cívicas y religiosas de Israel. En el capítulo siguiente se encuentra con una persona marginada en lo social, en lo moral y en lo religioso, y resulta que era mujer. Ambos textos son bien conocidos por muchos cristianos porque ambos dejan entrever con cierto detalle el carácter de los personajes y están llenos de diálogos memorables. Sin embargo, es interesante que cuando alguien enseña estos textos, casi siempre se tratan por separado y nunca en conjunto, pero creo que eso es un error. Creo que hay una razón para que estos dos encuentros aparezcan uno al lado del

Esperamos que hayas disfrutado de esta
pequeña muestra del libro *Encuentros con Jesús: Respuestas
Inesperadas a las Preguntas Más Grandes de la Vida.*

Para conseguir el libro completo y conocer más
acerca de nosotros, visita nuestra página web:

www.poiema.co

O comunícate con nosotros al correo:

info@poiema.co



© 2016 Poiema Publicaciones

¡El Evangelio para cada rincón de la vida!